

v lo son sus dificultades de adaptación. Lo cual estaría muy en contradicción con los alegatos de los movimientos de la liberación de la mujer, que consideran a ésta como inadaptable permanente, como una extranjera en una sociedad de hombres, como una víctima de la organización social.

La excepción de grupos de edad se refiere a que en muchos países (y especialmente en Berlín Occidental, en Ceilán, Italia, Israel, Portugal, Venezuela) hay una tasa superior de suicidios entre muchachas de quince a diecinueve años que entre muchachos de la misma edad. ¿Puede atribuirse a que la decepción de la entrada en la vida es mucho mayor en la mujer que en el hombre, y que, en cambio, la adaptación es mejor en ellas en las edades siguientes? El máximo de suicidios, en los hombres, se da en el grupo de edad de los sesenta a los sesenta y nueve años; en las mujeres, entre los cincuenta y los sesenta y nueve. La entrada en la vejez, la entrada en la soledad.

Pero si el suicidio es mucho más elevado entre hombres que entre mujeres, salvo en la excepción indicada del suicidio juvenil, el intento de suicidio es más abundante entre mujeres que entre hombres. Hay una necesidad de distinción entre suicidio e intento de suicidio: la mayor parte de las veces el intento de suicidio no es un suicidio frustrado, sino un amago, una amenaza. Una forma de llamar la atención, de pedir socorro, de realizar una presión sobre los demás. Es un suicidio deliberadamente frustrado. Hay también curiosas formas de suicidio atenuado, como es la automutilación —Van Gogh cortándose una oreja—, como hay suicidios lentos —el cirrótico que continúa bebiendo, el canceroso de pulmón o garganta que no cesa de fumar—, y hasta hay autores que suponen que todos somos suicidas, que todos proseguimos unas formas de vida que la acortarán en algunos o muchos años.

¿Cómo luchar contra el suicidio? La presión legal es, claro, insuficiente. En España, la ley no persigue al suicida por una razón evidente: la propia muerte del culpable evita toda persecución, todo castigo. En otros países —Estados Unidos, Gran Bretaña—, el suicidio está considerado como homicidio voluntario, pero las penalidades sólo se pueden aplicar en el grado de tentativa y a los posibles cómplices: los culpables de inducción. La presión religiosa ha sido muy fuerte: hasta hace poco, los suicidas no se enterraban en sagrado —puesto que cualquier sospecha de arrepentimiento no podía ser tenida en cuenta—; hoy se admite bajo el supuesto de la enajenación mental. Algunos moralistas aceptan el suicidio como derecho de la persona humana: cierta línea del más pesimista existencialismo, el de Albert Camus, consideraba que la única libertad real del hombre era la de quitarse la vida. Para otros, el suicidio es directamente inmoral, puesto que supone un abandono de las obligaciones éticas y reales

que se tienen para con los demás.

Una cierta forma de la lucha contra el suicidio es la que en España se ha inaugurado con el llamado «teléfono de la esperanza», y en Alemania Occidental, con la Asociación Contra el Suicidio, fundada en Munich a principios de mayo. El fallo que tiene este sistema es que el que llama por teléfono en busca de ayuda es el que realmente está deseando que se le persuada en contra, y no el «suicida puro», el definitivo. En los Estados Unidos, este sistema funciona desde hace años. En Los Angeles se fundó en 1958, y comenzó siendo un servicio que continuaba la vigilancia y la atención a los suicidas frustrados para evitar la repetición del acto. Las líneas telefónicas de socorro fueron atendidas por estudiantes de Psicología y Psiquiatría voluntarios, por personas de religión, por suicidas arrepentidos. No se tienen estadísticas reales del resultado real de la operación. Esto es, no se puede saber cuántos y quiénes son los que después de haber buscado esta ayuda anónima han efectuado el suicidio, ni cuántos de los que parecen conquistados por la persuasión no se hubiesen suicidado de todas maneras.

En realidad, todo lo que se sabe ahora del suicidio y los suicidas, pese a una enorme bibliografía sobre el tema, no pasa del terreno de las conjeturas. Cada situación produce varias respuestas. Por ejemplo, el elevado número de suicidios del Japón puede explicarse por el exceso de hacinamiento, de apretura demográfica, que es una de las causas que apuntan los sociólogos y que corresponde con ciertos hechos de la vida animal (la negación de la vida en las zonas de hacinamiento: esterilidad natural, abundancia de homosexualidad, agresividad latente); pero puede explicarse también por la tradición del suicidio (el «harakiri» con su espeluznante rito, glorificado por la literatura); también como el «suicidio egoísta» de Durkheim (una sociedad rígida, muy integrada, sin escapes para el individualismo). Ninguno de esos factores aparecen, por ejemplo, en la sociedad sueca, que parece un modelo de libertades individuales, de buena renta por cabeza, de facilidad para que cada uno realice su «proyecto» en la vida. ¿Por qué Suecia ocupa un lugar tan elevado en la estadística mundial de suicidios? Un sueco lo ha explicado diciendo que, en cambio, es el país donde menos asesinatos hay: es decir, que la agresividad producida por las sociedades se resuelve en algunos países matando al prójimo; en otros, matándose a sí mismo. Si todo suicida, según algunos psicólogos, tiene un fuerte sentido de la culpabilidad, unos proyectan la culpabilidad de la situación general o de la suya propia sobre los demás, otros se sienten autculpables: sería la distinción entre el asesino y el suicida. Sin olvidar que muchos suicidas se matan por culpar a los demás, para que otros se sientan culpables. Generalmente no lo consiguen.

